

Luz que Nunca Acaba

Oscuridad. Sólo veo una absoluta de oscuridad. Atenuada por una franja estrecha de luz que mana de una pequeña ventana, arriba, por encima de mi cabeza. Nada más. ¿A qué altura? No lo sé. No me importa. ¿Qué día es? También lo ignoro. Sólo sé que estoy aquí, encerrado. Solo. No hay nadie conmigo. Nadie a quien abrazar. Nadie a quien escuchar. Nadie a quien sonreír con amabilidad. Es curioso cómo se echan de menos las pequeñas cosas. Como la luz del Sol en la cara. La risa de los niños jugando en las calles. El sonido de los pájaros...

Lo único real, lo único tangible, es esa oscuridad y la franja de la débil luz que intenta apartarla, en vano. Un catre y un urinario, es toda mi compañía. La nauseabunda comida la pasan por debajo de la puerta. ¿Mi crimen? Ser inocente en el lugar equivocado, en el momento menos oportuno. Pero tengo esperanzas. Espero con la poca paciencia que me queda, al reencuentro de mi dulce amada. Así como ese rayo de luz se cuela tímidamente por la pequeña ventana, es mi esperanza. A veces se apaga, nublada por las nubes, cegada por la noche. Pero vuelve a brillar.

Me levanto del húmedo suelo, me acercó a la puerta. He oído pasos. Demasiado temprano para que vengan los guardias con la única comida del día. Las botas no hacen ese sonido. Parecen tacones, ¿o es mi imaginación? Se han parado ante mi puerta. Una nota se desliza por debajo de esta. Un sollozo ahogado se aleja, ¿o es la locura de mi cautiverio? Recojo la nota con mano esquelética y temblorosa. “Ten valor”, leo borrosamente, pues mis ojos se han llenado de lágrimas. Dos palabras amables. Casi lo había olvidado.

Ese calor que sólo se recoge cuando otra alma es compasiva. Solidaridad lo llaman. Ayudar al prójimo. No siempre dando dinero. No hacen falta gestos heroicos, levantar al que se ha caído, ni tampoco sacrificar tu vida para demostrar solidaridad. A veces bastan dos palabras, una frase, una palmada en la espalda, un abrazo. Pero, el abrazarse tendrá que esperar. Las palmadas de camaradería de taberna o bar, no me son posibles. Me quedaré en esta celda, mi nuevo hogar. Hogar que espero sea momentáneo.

La luz de mi ventana se va. Cinco veces, cuento. No sé si una nube la oculta, o si es la noche que me la aparta. Sólo sé que vuelve, triste regalo de consuelo. Los pasos vuelven. Son los guardias. Abren la puerta. Esta vez no me cogen bruscamente de los brazos. Me hacen gestos de caballero para que salga. Camino por el largo pasillo silencioso de humedad sempiterna. Ellos me acompañan, los que antaño fueron motivo de mi tormento. Llego a la puerta y me la abren, como los ángeles me abrirían la puerta del paraíso. La luz del Sol me da en la cara. Calor agradable en mi descuidada tez, mientras alguien por fin me abraza.